

CONTENIDO

DEDICATORIA.....	1
LIBER XCV.....	17
ALI SLOPER.....	57
THIEN TAO.....	97
LA PIEDRA DE LOS FILÓSOFOS.....	121

DEDICATORIA Y CONTRA- DEDICATORIA CON UNA NOTA SOBRE LA OSCURIDAD

Cuando el Neófito entra en el Camino del Mal, se le enfrenta el gran ángel Samael. En vano dice que ha venido desde entre los pilares y busca el Conocimiento oculto en el Nombre de Adonai; el ángel le responde: "Soy el Príncipe de las Tinieblas y del Mal. El hombre malvado y rebelde mira el rostro de la Naturaleza y no encuentra en ella sino terror y oscuridad; para él es solo la oscuridad de la oscuridad, y él es como un hombre borracho que tantea en la oscuridad. ¡Regresa! porque no puedes pasar."

Igualmente, cuando el Neófito entra en el Camino del Bien, el gran ángel Metatrón lo detiene con las palabras: "Soy el ángel de la Divina Presencia. El sabio mira el mundo material y ve en él la imagen luminosa del Creador. Aún no puedes soportar el resplandor deslumbrante de esa Luz. ¡Regresa! porque no puedes pasar." Estos lugares comunes del misticismo bastardo de los charlatanes, crudos e imbéciles como parecen para quien ha "pasado", son curiosamente apropiados para mi intención del momento.

¡Ensayos ante la Luz! Oigo a alguien exclamando. ¡El hombre era lo suficientemente oscuro antes, pero ahora...!!! Muy cierto. Es la primera vez que escribo sin preocuparme por la claridad. Por la paradoja usual, puedo esperar que algún solemne tonto afirme que nunca hubo algo tan claro, y (con un poco de suerte) los demás tontos solemnes—en breve, toda Inglaterra—les sigan: hasta que *Konx om Pax* reemplace *Reading Without Tears* en cada escuela infantil.

Sin embargo, supongamos que esto sucediera, ¿cómo avanzaría el mundo? En nada. Porque el resplandor en el que caminamos será solo una densa oscuridad para todos aquellos que no se hayan vuelto tan ciegos que luz y oscuridad les sean afines. La luz con la que escribo no es la luz de la razón; no es la oscuridad de la irracionalidad; es el *L.V.X.* de aquello que, primero dominando y luego trascendiendo la razón, ilumina toda la oscuridad causada por la interferencia de las ondas opuestas del pensamiento; no destruyendo su equilibrio, y de esa forma mostrando una luz falsa y parcial, sino saltando más allá de sus limitaciones.

No permita que el pedante exclame con Newman que yo evito la Escila de Sí y la Caribdis de No por el Estrecho del "Sin Significado".

Una cosa no es necesariamente A o no-A. Puede estar fuera del universo de discurso en el que A y no-A existen. Es absurdo decir de la Virtud que es verde o no-verde; porque la Virtud no tiene nada que ver con

el color. Es una de las definiciones más sugestivas de KONX—el $L\sqrt{X}$ de los Hermanos de la Rosa Cruz—que trasciende todos los pares posibles de opuestos. Tampoco suena insensato para aquellos que están familiarizados con ese $L\sqrt{X}$. Pero para aquellos que no lo están, debe (me temo) seguir siendo tan oscuro y ridículo como la trigonometría esférica para los habitantes de *Flatland*.

Kant y otros han señalado la similitud entre nuestras manos y pies, y la imposibilidad de que uno reemplace a su compañero en el espacio tridimensional ordinario. Esto les sugirió un espacio en el que pudieran coincidir.

De manera similar, un constante equilibrio de todos los opuestos imaginables nos sugerirá un mundo en el que ellos sean realmente uno; de donde ese mundo mismo es solo el paso más corto.

Todos nuestros contradictorios son curvas coordenadas; están en lados opuestos del eje, pero por lo demás son precisamente similares, tal como en el caso de las manos citado anteriormente. Si no fueran similares, ya no serían contradictorios, sino contrarios.

Mi nombre es Lola porque soy la Llave de los Placeres, y los otros niños en mi sueño me llaman *Lola Ensoñación*. Cuando estoy despierta, ¿ves?, sé que estoy soñando, ¡así que deben ser niños muy tontos!, ¿no lo crees? También hay personas en el sueño, que están bastante crecidas y son horribles; pero lo realmente importante es la persona que despierta. Solo hay una, porque nunca podría haber alguien como él. Le llamo mi Príncipe Encantado. Monta un caballo con hermosas alas como un cisne, o a veces una criatura extraña como un león o un toro, con cara y pechos de mujer, y ella tiene ojos insondables.

Mi Príncipe Encantado es un muchacho oscuro, muy apuesto; creo que todos deben amarlo, y sin embargo, todos tienen miedo. Él te mira como si estuvieras desnuda en el Jardín de Dios, y él te hubiera creado, y no podrías hacer nada excepto en el espejo de su mente. Nunca ríe, frunce el ceño o sonríe; porque, lo que sea que vea, también ve lo que está más allá, y así nunca pasa nada. Su boca es más roja que cualquier rosa que hayas visto. Despierto cuando nos besamos, y ya no hay sueño. Pero cuando no está temblando en el mío, veo besos en sus labios, como si estuviera besando a alguien que no se puede ver.

Ahora debes saber que mi Príncipe Encantado es mi amante, y un día vendrá para siempre y se ira conmigo y se casará conmigo. No te diré su nombre porque es demasiado hermoso. Es un gran secreto entre nosotros. Cuando estábamos comprometidos, me dio un anillo tan hermoso.

Era así. Primero estaba su escudo, que tenía un sol en él y algunas rosas, todo en una especie de barra; y había un número terrible escrito en él. Había un banco de rosas suaves con el sol brillando sobre él, y arriba había una rosa roja en una cruz dorada, y luego había una estrella de tres puntas, brillando tan fuerte que nadie podría mirarla a menos que tuviera amor en sus ojos; y en el medio había un ojo sin párpado. Eso podría ver cualquier cosa, creo, pero ves, nunca podría dormir, porque no tenía párpado. En los lados estaban escritas I.N.R.I. y T.A.R.O., que significan muchas cosas extrañas y hermosas, y cosas terribles también. Creo que cualquiera temería lastimar a alguien que llevara ese anillo. Está todo tallado en amatista, y mi Príncipe Encantado dijo: “Siempre que me necesites, mira en el anillo y llámame muy suavemente por mi nombre, y besa el anillo, y adóralo, y luego míralo muy profundamente, y yo vendré a ti.” Así que compuse un poema bonito para decir cada vez que despertaba, porque ves, soy una chica muy

dormilona, y sueño mucho sobre los otros niños; y eso es una pena, porque hay solo una cosa que amo, y esa es mi Príncipe Encantado. Así que este es el poema que hice para adorar el anillo, parte es palabras, y parte es imágenes. Debes descifrar lo que significan las imágenes, y entonces todo se convierte en poesía.

LA INVOCACIÓN DEL ANILLO

¡ADONAI! Tú, el más profundo Δ,
Imagen resplandeciente de mi alma,
Amante vigoroso al deseo de tu Novia,
¡Llámame y reclámame y controla!
Te ruego que mantengas el sagrado encuentro
Dentro de este anillo de Amatista.

Porque en mis ojos ha amanecido el dorado ☉;
Mi vigilia mató a la noche.
Vi la imagen del Uno:
Salí de la oscuridad hacia la L.V.X.

ESCENA

Un salón atestado, desordenado con innumerables hojas de papel Whatman doble elefante, a punto de convertirse en una intransitable Tabla de Correspondencias. Un fuego rugiente. Sofás y sillas. Al presentar esta obra ante un público británico, el director debe adelantarse y decir: “Damas y caballeros, debido a la grave indisposición del autor, no se encontrarán chistes obscenos en el diálogo de esta obra. Sin embargo, se ha instruido a los actores para que hagan pausas y guiñen el ojo con frecuencia, momento en el cual tienen plena libertad de imaginar un doble sentido inusualmente profundo y particularmente soez. También hemos incurrido en el gasto de contratar personas para que se sienten en las butacas y comiencen las carcajadas, de modo que no hay absolutamente ninguna excusa para que alguno de ustedes se queje de haber pasado una velada carente de picardía”.

*Se levanta el telón. La **FAMILIA BONES** y **EL SR. BOWLEY** están sentados alrededor del fuego. Al fondo del escenario, **MRS. P..TR..CK C..MPB..LL** perseguida por **MR. M..RT..NH..RV..Y**, sale corriendo por la derecha y se golpea la espinilla con una silla.*

MRS. P. C.: ¡No soy feliz! ¡No soy feliz! ¡Oh, Glwyndyvaine, qué he de decir?

MR. M. H.: La mayoría de la gente diría: ¡Maldita sea, ma belle Migraine!

MRS. P. C. (*Aparte.*) Si Maeterlinck me da un nombre como de jaqueca, ¿no me llamará Shaw simplemente reduciéndome como a un caramelo para la tos? (*Sale.*)

APUNTADOR. (*Con enojo.*) ¡La verdad!

MR. M. H.: ¡La verdad! ¡La verdad! ¡La verdad!

(*Sale. Clamor de trompetas.*)

SRA. BONES. ¡Basta ya de esta locura teatral! ¿Más café, Sr. Bowley?

BOWLEY. Por favor. Espero que me perdone, Sra. Bones, pero, en honor a la festividad y como un respiro de nuestras arduas labores sobre la *Tabla de Correspondencias*, me he tomado la libertad de contratar a la célebre compañía de artistas de variedades del Dr. Waistcoat para que actúe a intervalos durante la velada.

SRA. BONES. Estoy segura de que le estamos muy agradecidos por su amabilidad; confío en que no le haya costado demasiado.

BOWLEY. Waistcoat es un viejo amigo mío, ¿sabe? Tiene vínculos con los *Estrechos*—los *Estrechos de Dover*—por el lado materno. *Non Omnis Moriar* es su lema. Muy probable; pero, por otro lado, nunca está realmente del todo vivo, así que se puede negociar con él en términos muy ventajosos.

SRA. BONES. Bueno, estoy segura de que todo será encantador. Ya casi no tenemos aquellas antiguas

Navidades de antaño.

BONES. Dentro de dos mil años, todos diremos lo mismo sobre el *Día de Bowley* en el ocaso de la *Bowleyanidad*.

BOWLEY. Respete mi modestia—*Pirro-Zoroastrismo*, si no le importa.

SRA. BONES. ¿Más café?

BOWLEY. Por favor. No pregunta qué quiere decir su esposo.

SRA. BONES. Me rindo con ustedes dos.

BONES. Hoy celebramos el nacimiento de Cristo; luego, el de Bowley.

BOWLEY. ¡Oculta mi rubor en tu pecho, oh niño! (*Lo hace; el niño llora.*) ¡Tómalo, por el amor de Dios! (*Hecho. El niño sonrío.*)

SRA. BONES. Pero pensé que tu cumpleaños era en octubre.

BOWLEY. Lo es. ¿Y por qué lo fijé en esa fecha? Porque sabía que era el Mesías—¡pásame al bebé, por favor!—y que la gente celebraría el día según mi palabra.

SRA. BONES. ¿Pero por qué? (*BONES le hace señales desesperadas, pero en vano.*)

俗薄

("LA DECADENCIA DE LOS MODALES.")

Dado que nadie puede presumir de dudar de la demostración de Santo Tomás de Aquino de que este mundo es el mejor de todos los mundos posibles, se sigue que la imperfecta condición de las cosas que estoy a punto de describir solo podría ocurrir en algún otro universo; probablemente todo este asunto no sea más que el producto de mi enferma imaginación. Sin embargo, si esto es así, ¿cómo podemos reconciliar la enfermedad con la perfección?

Claramente hay algo mal aquí; el aparente silogismo resulta ser, al examinarlo, un entimema con una premisa mayor suprimida e imposible. No hay progreso en estas líneas, y lo que tontamente confundí con una forma fácil de deslizarme hacia mi historia resulta ser uno de los callejones sin salida más ciegos.

Así, debemos comenzar, por lo tanto, con el simple y austero proceso de comenzar.

Las condiciones de Japón en este momento (¿qué momento? Aquí tenemos problemas con el historiador desde el principio. Pero permítanme decir que no permitiré interferencias en mi historia por

parte de todas estas personas sensatas y aburridas. Iré directo, y si las críticas son desfavorables, siempre se tiene el recurso del suicidio) eran peligrosamente inestables. La aristocracia guerrera de la Cámara Alta se había diluido tanto con exitosos vendedores de queso que la adulteración se había convertido en una virtud tan rentable como el adulterio. En la Cámara Baja todavía se estimaban los cerebros, pero habían sido interpretados como la habilidad para pasar exámenes.

La reciente extensión del derecho al voto a las mujeres había convertido a Yoshiwara en la organización política más formidable, mientras que la constitución física de la nación había sido gravemente afectada por los resultados de una ley que, al asegurarles en caso de lesión o enfermedad una competencia vitalicia de inactividad que nunca habrían obtenido de otro modo con el trabajo más laborioso, alentaba a todos los trabajadores a no cuidar su salud. El entrenamiento de los sirvientes, de hecho, consistía en ese momento únicamente en la instrucción práctica cuidadosa en el arte de caer por las escaleras; y el hombre más rico del país era un ex-mayordomo que, al romperse la pierna en no menos de treinta y ocho ocasiones, había adquirido una pensión que hacía que la de un mariscal de campo pareciera insignificante.

Sin embargo, aún no se había condenado irremediabilmente al país. Un sistema de intriga y

chantaje, elaborado por las clases gobernantes hasta su más alto grado de eficiencia, actuaba como un contrapeso poderoso. En teoría todos eran iguales; en la práctica, los funcionarios permanentes, los verdaderos gobernantes del país, eran un cuerpo distinguido y digno de confianza. Su interés era gobernar bien, ya que cualquier disturbio civil o extranjero indudablemente habría avivado las chispas de descontento en la flamante llama de la revolución.

Y descontento había. Los vendedores de queso fracasados eran muy amargos contra la Cámara Alta; y aquellos que habían fracasado en los exámenes escribían una terrible diabetes contra la necesidad del sistema educativo.

El problema era que tenían razón; el gobierno, en efecto, estaba bien, pero en teoría no tenía apenas donde sostenerse. Ante el creciente clamor, las clases oficiales estaban perturbadas; pues muchos de sus miembros eran lo suficientemente inteligentes como para ver que un sistema totalmente irracional, aunque funcione bien en la práctica, no puede mantenerse por siempre contra los ataques de aquellos que, aunque puedan ser secretamente estigmatizados como doctrinarios, pueden presentar argumentos irrefutables. El pueblo tenía poder, pero no razón; por lo que eran susceptibles a las falacias que confundían con razón y no al poder que habrían imaginado como tiranía. La plebe inteligente es dócil; y la canalla

La Casa Holbein sugiere más bien a Hogarth. Es una de esas sórdidas barracas donde el martinete del realismo, la sociedad, escribe sus órdenes a los soldados. Quien vea a un habitante de allí, desde entonces para siempre, deberá creer en la predestinación de los condenados. ¿Estamos tan avanzados que interpretamos el dicho “¿El hogar del inglés es su castillo a la luz del hecho de que una vez un hombre yaciera muerto en su cuarto durante siete semanas, sin ser alterado en lo más mínimo?”

Hasta aquí el socialista. A él entra un hombre. Dice: el destino de los hombres no es nada; medimos las cadenas montañosas por sus picos, no por sus llanuras. Y de inmediato el hombre debe buscar en la Casa Holbein alguna corona de la era, alguna Venus flotando recién nacida en ese Mar Muerto, algún Dios recién encendido en ese Limbo. Como también está escrito.

Lo seguimos hasta su más pequeño desván, desocupado por las ratas, ya que no encontraron ni espacio ni víveres, pero habitado por hombres. Arthur Gray era un poeta que había abandonado tanto el favor de su padre como la fábrica de su nombre. Sin preocuparse por nada más que sus libros, vivía en la Casa Holbein, año tras año. Mirando la pared en blanco frente a él, había visto a Dios cara a

cara, y murió. Cuando hablaba, no lo entendían, pues sus palabras eran las de un Dios muerto.

Basil Gray, su hermano, había llegado apresuradamente desde África Occidental para verlo. Basil acababa de hacer la gran marcha desde Tetuán hasta Lagos, y el amor por su único hermano ardía en él, así como el hambre por su rostro.

Basil, mirando el rostro ciego del desierto, su cuerpo marchito en el horno de la arena, había visto a Dios cara a cara, y murió.

Por lo tanto, Basil hablaba como un Dios muerto habla, y solo los niños lo entendían.

En Gibraltar, de regreso a casa, se encontró con Denzil Roberts, ese tonto trotamundos, secularista y filántropo a gran escala. Denzil acababa de regresar de un tonto “viaje sentimental” por España, y al contemplar el atardecer desde la torre occidental de la Alhambra, estuvo a punto de ver a Dios.

Triste y cuerdo, aún podía reconocer la magnífica locura de Basil, y había regresado con él para aprender el camino hacia la puerta que los hombres llaman Locura.

El cuarto ocupante de la habitación era el amigo más antiguo de Arthur—más aún, su maestro.

Investigación desesperada, vida arriesgada una y otra vez de maneras extrañas, incomprensibles para la

multitud porcina, un propósito firme equilibrando cada pensamiento con su opuesto, lo había llevado al dominio de las cosas.

Tan profundamente miraba a Dios, y moría, que Dios le había dado de Su propia vida, y lo había enviado entre los hombres.

Pero los hombres no lo conocían. Solo los bebés podían comprender su extraña y grave sonrisa.

El quinto hombre era un erudito clásico; su gran conocimiento lo había vuelto loco. Sin embargo, por mucho que conociera el griego y el latín, aún no había leído lo suficiente como para ver en ellos la luminosa imagen del Creador.

El último era un médico que, al mirar siempre la locura, había él mismo enloquecido. Él también vio a Dios, pero, estando ya loco, no murió. Los hombres pensaron que lo entendían, y por eso lo vituperaron. Siendo loco, a él no le importó.

Todos estos hombres fumaban con fuerza, y el silencio del mundo recaía sobre ellos.

Solo cuando el Hombre y el Socialista, invisiblemente buscando algún pico en las llanuras de la Casa Holbein, como Sigiri salta desde la mesa de la provincia central de Ceilán, se encontraron con ellos, fue que su influencia los despertó a la vida.